

PERFIL DE UN EGREGIO OBISPO OLVIDADO*

Por J. A. DE ARMAS CHITTY

La vida de Monseñor Diego de Baños y Sotomayor, Obispo de Venezuela, es una página a cuyo arrimo alúmbrase el perfil de una época. Cuando mejor se le conozca, podrá valorarse la decisión que tuvo siempre de cumplir lo que convenía a Venezuela. Su voluntad descansó en las tres vertientes que Plutarco señala como razón de predominio: entereza, mesura y aplomo. Con Baños y Sotomayor cierra el siglo XVII en Venezuela.

El XVII no fue un siglo silencioso

Algunos escritores han dicho, hace años, que este siglo fue silencioso en Venezuela, mas ciertos hechos contradicen el aserto. Si en verdad no tuvo como el anterior, el estruendo donde sólo habló la espada, el XVII es la etapa del poblamiento y si toma importancia la presencia del fraile en las célebres *entradas*, reclutando indios, hubo éxito cuando iban asistidas del soldado. Son raros los casos en que el misionero se impuso utilizando la persuasión. Además, durante el XVII surge, a fondo, la apertura de un tipo de violencia con todo estruendo y destrucción anexos, y es el de los asaltos de piratas y corsarios holandeses, ingleses y franceses, que arruinan a algunas ciudades del país y a todos los puertos, desde Maracaibo a Santo Tomé, en esa guerra no declarada que se incrementaba, a medida que rabiaban, por motivos económicos o de religión, las Cortes europeas.

Venezuela, a la cabeza de la América del Sur, dueña de grandes ríos, dueña de inmensos y fértiles valles y dueña también de una ciudad de oro creada por el indio para alejar al invasor; Venezuela, repetimos, fue por mucho tiempo blanco obligado de la piratería. Walter Raleigh se presenta en enero de 1618 ante Santo Tomé de Guayana, pero es su segundo, Keymis, quien asalta al villorrio en solicitud de una mina de oro, asalto en que mueren un hijo de Raleigh y el Gobernador Palomeque de Acuña. Tal hecho colma la paciencia del Conde de Gondomar, embajador en Londres de Felipe III. Sabido es que este conde, habiéndole puesto precio a la nobleza británica, obtenía la información que deseaba.

* Discurso del Profesor J. A. de Armas Chitty, el jueves 13 de agosto de 1987, en el homenaje que rindió la Academia Nacional de la Historia a la memoria del Obispo Diego de Baños y Sotomayor.

Gondomar logra que el primer Jacobo inglés, al que dominaba con su influencia, haga decapitar a Raleigh, pirata, poeta y humanista, en la Torre de Londres. Y fue este aventurero quien aconsejó a su reina Isabel, de la que era favorito, que se apoderase de nuestra Guayana, tierra a la cual llama imperio en un libro hermosísimo. Tal consejo lo atendería con diligencia Gran Bretaña, dando prueba ante el mundo de su temeraria y habitual inclinación por la rapiña.

Es larga la historia de la sal en Venezuela y es, además, una historia de violencia. Durante el siglo XVII, centenares de urcas holandesas se llevaron de oriente la sal, los cueros, las reses. El Gobierno levantó en Araya un castillo, piedra sobre piedra y hueso sobre hueso, castillo a poco inoperante. Arias Montano batió a los holandeses en la Tortuga y Juan de Urpín en las salinas del Unare. Fue intensa la actividad contra la piratería y especialmente contra los libros prohibidos y otro habría sido el panorama si el Gobierno hubiese cuidado menos el celo religioso ocupándose del comercio y de las industrias, de suyo incipientes. Alguna vez dijimos que España temió más a Lutero que a Raleigh.

En la tercera década del siglo el capitán Diego Ruiz Maldonado baja del Nuevo Reino hasta Santo Tomé en una expedición de auxilio que pareció ser la primera de índole científica que penetrara al Orinoco: los viajeros medían la hondura del río, verificaban nombres de tribus, villorrios, plantas, corrientes y les causó admiración la riqueza maderera que se llevaban los ingleses aprovechándose de los indios. Posteriormente, Juan Jaraquemada, procurador de la ciudad, ante la experiencia sufrida por ésta en los asaltos holandeses e ingleses de 1618, 21, 29 y 37, certifica que los filibusteros hurtaban el oro, el azogue y las reses.

El siglo XVII es el que oye los pasos de las tropas que fundan pueblos y exterminan indios rebeldes: Urpín funda a Barcelona junto a Cerro Santo; a Tarragona en el Uchire, río de curso menguado, y a San Miguel del Batey, por medio de Miguel de Urbés, en 1646, e inmediaciones del Quebrada Honda y a Santa María de Manapire al norte de Chaguaramas, y fija con audacia los límites de la Provincia de la Nueva Cataluña cuyos límites iban del Guárico hasta el Guarapiche; Bernardo de Vargas Machuca, que era historiador y humanista, gobierna con eficacia a La Asunción; es el siglo del mapa del Gobernador Pedro de Brizuela que registra con detalles la geografía del Ipire y del Unare y la ubicación de sus comunidades caribes; el siglo en que gentes del Nuevo Reino fundan a Capacho y a Táriba; el Delta del Orinoco vive a fondo la presencia de los margariteños, hecho explicable al fracasar en el empeño de apoderarse de la costa cumanesa, como anteriormente lo hicieron con Cubagua; es el siglo en que Francisco de la Hoz Berrío, dinámico Gobernador de Venezuela, a pesar de la hostilidad del Obispo Bohórquez, llena de pueblos el territorio que media entre los Valles de Aragua y las montañas de Trujillo.

En el plano intelectual, el siglo XVII es de excepcional riqueza: en él nace José Gumilla, el misionero jesuita que descubre el Orinoco con un libro de geografía y de leyenda; Vásquez de Espinosa escribe su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, como si hubiese conocido a Venezuela; Matías Ruiz Blanco publica su *Conversión de Piritu* y otros trabajos, algunos de ellos, trata-

dos sobre la flora del Bajo Unare y compendios de dialectos caribes, y Jacinto de Carvajal, dominico, ya nonagenario, en un barroco impenetrable, lleva al manuscrito su *Relación del Descubrimiento del Apure*, relato de la expedición del capitán Miguel de Ochogavía que abre, en el verano de 1647, el comercio entre Barinas y Guayana, a través del Santo Domingo, del Arauca y sus cien caños y del Orinoco. Carvajal es quien primero informa sobre la existencia de la ciudad del más pomposo nombre que haya existido en América: Ciudad del Triunfo de la Cruz y Nueva Cantabria que funda el caraqueño Ochoa de Aguirre y Gresala entre Cabruta y el Caño Caribe. El siglo en que Fray Pedro Simón, fijando la segunda base del edificio que comienza Fray Pedro de Aguado y que completarán Oviedo y Baños y el mismo Gumilla, edita sus estupendas *Noticias históricas de Tierra Firme*.

El siglo en que el eminente Alonso Briceño, Obispo de Venezuela, escotista, publica sus *Disputaciones metafísicas*. Briceño fue descubierto por el ilustre García Bacca "como el primer teólogo americano y filósofo a la par" y antecedió en sitial tan prominente, en veinticuatro años, a Baños y Sotomayor.

Durante el siglo XVII se ensancha el poblamiento; crece la riqueza diezmada; se intensifica la guerra de los filibusteros; se abren vías nuevas para el comercio; gente de América estante en Venezuela publica sólidos aportes filosóficos que prueban que no fue inútil la aventura del pensamiento, y en plano universal, tal siglo, pleno de tormentas ideológicas, vierte hacia el que le sigue su fuerza creadora. Como puede apreciarse, no pudo ser aquél un siglo silencioso.

Baños y Sotomayor, un Obispo olvidado

Pido excusas por la digresión. Aquí hemos venido a rendir homenaje a la memoria de un eminente hijo de América, del Obispo Diego de Baños y Sotomayor. Llama sí la atención que haya estado al margen un hombre tan denso de merecimientos. De otros Obispos se ha hablado mucho y no es que no hubiesen ocupado sitial, sino que no tuvieron como Baños y Sotomayor, sereno el alcance de miras; carácter para hacer posible la tarea; razón para convencer cuando otros dudan; habilidad para conducir el barco entre peligros; tacto y política para hablar en el momento oportuno y con dominio el lenguaje del éxito; firmeza para pisar siempre tierra firme; previsión para crear iniciativas eficaces y sabiduría para conocer gentes y ponerlas al servicio de su obra. Tuvo además prudencia y valor en saber sonreír en momentos difíciles, como estableciendo pausas cargadas de estrategia. Y fue cuando le llegaron comunicaciones del rey y de los franciscanos ordenándole y sugiriéndole algo distinto a lo que ya había resuelto. Es sensible a esta altura en la vida del país; en esta historia que estamos viviendo y padeciendo todos los días; en esta historia en la cual no caben omisiones porque pueblos y hombres deben mantener viva la expresión de gratitud, viva la impresión del reconocimiento, pensar que se le haya olvidado. La injusticia cometida la repara hoy la Academia Nacional de la Historia.

Baños y Sotomayor: una mano extendida

Baños y Sotomayor, Capitán de Honor de Carlos II, Canónigo de Cuenca, Obispo de Santa Marta, después de Venezuela, había nacido en Lima y en la ciudad samaria vio en 1679 cómo la destruyeron los piratas. A Venezuela llega por Maracaibo y en Caracas se posesiona de la mitra en agosto de 1684. Documentos de aquella hora describen la muchedumbre que acompañó a su Señoría. A través de las angostas calles de la ciudad fue el río multicolor: temblaban el ocre de las pecheras, el oro, el sepia y el azul de los uniformes; el morado de los estandartes, y el blanco de cofias de monjas y educandas que avanzaban con apresurado murmullo como un alegre palomar místico.

El Cabildo eclesiástico ha adquirido para su Señoría, en 7.000 pesos, una casa que perteneció al capitán Luis de Bolívar y que es el origen del Palacio Arzobispal. Monseñor gasta en ella, de su peculio, mejorándola, millares de pesos, no menos en la Catedral. Prácticamente, Baños y Sotomayor es quien da término a ésta, pues le construye una nave con siete capillas, aparte de la del Sagrario y la del Pópulo, donde se hallan sus huesos. Inaugura el Seminario de Santa Rosa que iniciara González de Acuña y le redacta sus constituciones. Morón se refiere al fracaso del Obispo en el intento de traer en 1705 a los jesuitas para dicho Seminario. Monseñor erige también la Iglesia de Santa Rosalía, obra en la que colabora el Gobernador Francisco de Berrotarán, después Marqués del Valle de Santiago. Monseñor crea el curato de Guatire, el de Cocorote, la Iglesia de Chivacoa, germen del pueblo; hace erigir la de San Francisco de Cara, una bella iglesia, hoy bajo las aguas de la represa de Camatagua. Monseñor es tío del historiador José de Oviedo de Baños, autor de una bella obra, *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, de prosa ondeante donde el barroco cobra jerarquía y relieves de suma excelencia y la cual es editada en Madrid en 1723. Monseñor le protege y logra unirle a la familia Tovar, que era situarle en el centro de la clase dominante, vincularle a la poderosa oligarquía central, a los Mijares de Solórzano, a los Herrera, a los Bolívar, Ponte, Blanco, Ibarra, Jaspe, Ascanio, Sánchez, Ribas, etc. Oviedo y Baños fue muchas veces alcalde ordinario de Santiago de León, poseyó hatos de vacunos en el Guárico por Guanapito y Altamira y quiso fundar una ciudad en el Valle del Orituco.

Baños y Sotomayor impulsa las constituciones hospitalarias, un aspecto social desconocido en su vida, pues hizo que admitieran mujeres en el Hospital de San Pablo, al cual dotó a su costa de dos enfermerías. También una casa para el recogimiento de mujeres. Se interesa en la cátedra de música para el Seminario y puede dudarse que realizara tanto: tocaban extremos el sueldo exiguo y el afán generoso. Además, las Cajas Reales actuaban con lentitud si tenían que cancelar los emolumentos de los Obispos cuando eran pobres. Baños y Sotomayor celebra sínodos diocesanos y es el alma de las Constituciones Sinodales que están cumpliendo tres siglos, pero de ellas nos va a hablar con suma autoridad el distinguido historiador, jurista, poeta y gran amigo, Dr. Tomás Polanco Alcántara.

Monseñor informa al rey que tiene dos indios muy inteligentes que tocan todo instrumento y que son los mismos de la Catedral. Esto es extraordinario.

Obispos anteriores a Baños y Sotomayor miraban con hondo desprecio a los naturales y hasta le destrozaron alrededor de dos mil piezas de cerámica aborígen. En cambio, Baños y Sotomayor les hace estudiar música, les nombra maestros de escuela y ha encargado también —entre otros— al cura de La Victoria, Juan de Heredia, para que se encargue de su enseñanza. Monseñor asienta, refiriéndose a Heredia y a su escuela de indios: . . .“los ha puesto hasta latinizar —latinar dice el documento— porque su habilidad es muy grande”.

Prudencia y voluntad tuvo este Obispo como corazas y ante ellas fracasaron intrigas y aspiraciones diversas. Con anterioridad ocupa la mitra Fray Mauro de Tovar, un benedictino de carácter férreo y estricto, todavía no bien interpretado. Fray Mauro desplegó energía especial en poner orden a aquella sociedad corrompida. Es oportuno recordar que Fray Mauro entró a la Catedral aún polvoriento bajo el impacto del sismo de 1641, rescató el sagrario que se hallaba enterrado, ayudó a muchos heridos, y años después colaboró con el Gobernador Fernández de Fuenmayor al frente de un grupo de clérigos y soldados en defensa de La Guaira, ante el asalto del pirata Jackson. Fray Mauro fue un anticipo de Santa Cruz Loidi, el arrojado y resuelto cura carlista. Tuvo tanta personalidad y el ambiente era tan pobre, que su acción habría descollado en Roma, en Madrid, en París, no en la apartada Santiago de León de Caracas.

Después de Baños y Sotomayor, ya en el siglo XVIII, honran la mitra magníficos prelados. Algunos de ellos, José Félix Valverde, granadino, de prosa analítica y austera; Escalona y Calatayud, paciente y esforzado que hace realidad la Real y Pontificia Universidad de Caracas, y ya al final, aparece la figura extraordinaria de Monseñor Mariano Martí, viajero de veinte años por el país; ya Obispo de Puerto Rico como de Venezuela. Martí organiza al Obispado, le da fisonomía y a la vez estructura con sentido moderno los censos de población. Son él, y el Gobernador José Solano, los creadores de nuestra geografía económica.

En Baños y Sotomayor la bondad se tradujo en acción útil, en aquella “bondad útil” que el Libertador plasmara en su célebre frase de 1828. De sus obras se sabía cuando llegaban a su término.

Infancia en abandono. Las Misiones

Junto a la decisión de recoger la infancia en abandono en casas apropiadas, aspecto que le destaca como pionero en gestión tan hidalga y que parece única en aquella Venezuela en rezago, tal vez la más noble de sus realizaciones fue la de orientar a las misiones religiosas en función pobladora. Baños y Sotomayor pesó a fondo la mística de los frailes, comprendió el orgullo que les animaba en saber que echaban las bases de un edificio donde para alcanzar el éxito fue indispensable cohesionar a diario la pujanza colectiva. No puede olvidarse que la acción misionera, con suavidad o con dureza, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, es la obra de mayor relieve cumplida en aquella hora en esta tierra. No importa que envenenen o ultimen a los frailes porque ellos vinieron a crear y la vida del que erige tiene un poder multiplicador. Lo que antes hubo en Ve-

nezuela fueron seis u ocho pueblos grandes que el rey llamó ciudades, mientras hacía expandir por llanuras, valles y montañas, la obra que iba a perpetuarse en lengua, costumbres, creencias, hazañas, pueblos, es decir, lo que es historia. El siglo envuelve un cambio en la acción porque España, aunque fuese en forma relativa, cambia la cruz por el sable. Las misiones pueblan entonces un territorio que eran Venezuela, Nueva Andalucía, Guayana, Mérida, Barinas, y cobra definido relieve el empeño del religioso porque él sabe que España es la que avanza. Con él llegan voces nuevas y experiencias geográficas, económicas, y mucho de poesía en los nombres de las comunidades de ultramar, patria de los misioneros: algunos de los frailes tienen de apellido los nombres de sus pueblos de origen. Así vemos a Anselmo Isidro de Ardales, que funda a Tucupido, el del Altollano; a Salvador de Cádiz, que erige a Calabozo; a Alonso de Hinestrosa, que echa las bases del Pao, el de oriente, o a Lucas de Zaragoza las de Maturín. Habrá franciscanos en el Llano Central del Guárico; aragoneses en las montañas de Caripe; catalanes en el Caroní; valencianos en el Zulia; jesuitas en el Meta, en el Cravo, en el Cataniapo y observantes en el Unare, en el Güere, en el Orocopiche, en el Cabrutica, en el Neverí, en el Cuchivero, en el Guanipa. Los observantes de Tucupido enseñaron a palenques y a cumanagotos a hacer pan, ladrillos, conventos y a guardar agua en grandes cajas de madera por verano. Los aragoneses de Caripe instruyeron a los chaimas en la elaboración de telas. Los misioneros tienen tropezos en el Llano y en muchos lugares con los dueños de hatos, que son los mismos latifundistas de Caracas y Valencia opuestos siempre a la penetración religiosa porque la fundación de pueblos resta brazos a la ganadería y al agro, incita a nuevos rumbos, y este ambicioso terrateniente, llámese don Nicolás Blanco, don Juan Manuel de Herrera, don Jacobo Ramírez, don Pedro de Aquino y Ponte o cualquier otro godó, cree más en los vacunos que en Dios. La acción no se detiene y los pueblos empiezan a aparecer en las montañas del Guácharo, junto al Portuguesa, en los bosques del Tamanaco, en las soledades de la Mesa de Guanipa que es chaparros y paja peluda, en los peladeros del Píritu, de cují y guaratara; en las curvas del Güere y del Amana, de verdes intensos o por donde el Pao se descuelga en mesas y farallones hasta llegar al Orinoco. En el Caroní, gracias a los capuchinos catalanes, se establece una familia de pueblos producto de cien reses vacunas que el capitán Pedro Figuera, de Barcelona, obsequió a un fraile, y las cuales, antes del siglo, hicieron varias veces millonaria a la misión. Así lo pudo comprobar Andrés Level de Goda cuando enviado por el Comisionado Regio Antonio Ignacio de Cortabarría visitó la misión en 1811. Estos catalanes, frailes prácticos, comprendieron que la ayuda del rey era nula y que necesitaban de algo estable que los fijase a la tierra y como estaban autorizados por real cédula de 1706 para crear hatos de vacunos, utilizaron la res, que da permanencia y según Martínez Estrada “no necesita población porque es población misma”. En el Meta, en el Guaviare y en el Orinoco, los jesuitas pusieron en marcha una organización económica tan modelo, que el mariscal Eugenio de Alvarado, de las gentes de Aranda y de Floridablanca, en su célebre *Informe* de 1766, que por razones políticas debía ser negativo, actuando con honradez hace el más sereno elogio de los soldados de Loyola.

Es oportuno señalar los inconvenientes y los avances de la misión. Los frailes vinieron a Venezuela a catequizar porque venían de España y ésta ha sido siempre un convento o una iglesia. A España le tocó su hora porque un Papa español dividió en dos el Atlántico y le trazó el camino. Y felizmente no fue el nuestro un caso más de los que envuelve la frase infeliz de Felipe II que cita Sánchez Albornoz: “veinte clérigos de la Inquisición mantienen mis reinos en paz”. En América fracasó el Santo Oficio, también en Venezuela. Y debe hacerse justicia a la mentalidad del fraile, a su mentalidad libre. Desafiando peligros traía de España publicaciones prohibidas por el Santo Oficio. Lo había saturado el ambiente de América, la hora que vivía el mundo. Y ahora es Alejandro de Humboldt quien viene en apoyo nuestro. Dice el sabio en su visita al Convento de Capuchinos Aragoneses de Caripe, haber visto, “con sorpresa, en dicho Convento, en la celda del guardián, el *Teatro crítico y las Cartas edificantes de Feijoo* junto con el *Tratado de la electricidad* del abate Nollet”. Y estima el ilustre viajero y son sus palabras: “. . . como positivo y honrosísimo para el espíritu del siglo que durante mi permanencia en los Conventos y misiones de la América, jamás noté señales de intolerancia, sabiendo los frailes que yo había nacido en la parte protestante de Alemania”.

Habría sido inútil la acción del fraile para que el indio fuese propietario de la tierra. Sabido es que ésta era del rey y sólo la obtenía en propiedad quien podía comprarla. El indio estaba indefenso ante aquel centralismo feroz de la Corona. Además, el fin de la misión era catequístico y la política la hacía el rey, quien sí explotaba la fe del religioso.

Conoce a Manuel de Alesón, un fraile extraordinario

Baños y Sotomayor conoce a un fraile llamado Manuel de Alesón, nativo de La Rioja, en Navarra, un fraile de carácter indomeñable y presto a la acción. Cada vez que habla, parece que erige un pueblo. Entre él y el Obispo se establece una corriente de simpatía que sólo interrumpe la muerte. La identidad de pensamiento y en esfuerzo no les permite ocuparse sino de la obra que tienen por delante. El fraile muy bien sabe que nada material va a quedarse: lleva tres pesos de salario y no ignora que quien va a lucrarse es el rey porque funda pueblos que serán células económicas; pueblos que entregarán al Ordinario a los diez años, mientras el misionero sigue selva adentro, llano afuera, más allá de las montañas, esguasando ríos, dentro de aquella mística propia de aquellos hombres y de aquellos tiempos.

Alesón ha trabajado con sus compañeros de misión en armonía; mas, cuando observa que en ciertos lugares se violan reglamentos y se alteran las leyes, protesta. Sus compañeros no le oyen, pero el Obispo le estimula y en España, ante el Consejo de Indias, Alesón denuncia que los frailes tienen haciendas sin autorización real; que en San Carlos, temerosos de que los indios huyesen, los frailes separaron los hijos de los padres; que en San Antonio de Araure, el religioso tenía cepo donde castigaba a su arbitrio y que nombraba capitanes que azotaban a los indios. Y no es el caso de que tuviese razón en todos sus alegatos el fraile rebelde, sino

que con pasión y sinceridad exponía lo que los demás callaban. El Consejo de Indias, un día da la razón al Provincial de las Misiones y otro día al fraile. Así ocurren las cosas cuando opinan los reyes. El jefe de la misión amenaza con retirarse, pero el Obispo interviene y evita el éxodo. Alesón, de hecho, cuando regresa, queda excluido de la misión, mas con el apoyo del Obispo. Entonces es cuando va a hacerse realidad la obra. Alesón parte hacia el interior seguro de que ya no tendrá obstáculos. Y comienzan las fundaciones de pueblos. A San Francisco Javier de Lezama la fija a orillas del Orituco, frente a la imponente selva Tocoragua; a Ocumare, no lejos del Tuy, porque piensa que el agua, como en las antiguas civilizaciones, es lo único que asienta al hombre. Alguna vez funda a Baruta y más de veinte pueblos se alojan en las montañas de donde baja el Tememure; por donde la Fila Maestra mira a Quiripital; por Conoropa, en el Alto Orituco; por Guiripa, agobiado de verdes; por Tácata. El fraile sabe que quieren confinarle en España en un convento por rebelde, pero allí quien decide es el Obispo y cuando está de por medio una voluntad como la de Baños y Sotomayor, las diferencias son menudas. Ahora, tanto al Gobernador Berrotarán como al Obispo llegan reales despachos ordenando que Alesón sea devuelto a España y Monseñor sonrío. Nuevos despachos y nuevas sonrisas. Monseñor piensa que la obra que realiza Alesón no la harían todos aquellos frailes juntos. Además, el rey está muy lejos y Alesón muy cerca y sobre todo se extendía, como un agua de Dios, la voluntad hecha pueblo, del Obispo.

Las autoridades de la misión no dejarán, por varios años, de influir ante quienes corresponda, para que el fraile Alesón fuese enviado a la Península, siendo nugatorias las gestiones realizadas. Debe existir documentación al respecto sobre el silencio final del rey, pues los franciscanos sí continuaron en su demanda.

Ahora bien: el Prefecto de la Misión, Marcelino de San Vicente, uno de los religiosos más meritorios que ha pisado el Llano, pues tanto a él como a su compañero Salvador de Cádiz se debe no sólo el poblamiento inicial del actual Calabozo —que nace de La Trinidad y los Angeles— y de otros pueblos del Guárico, sino su porfía ante la actitud hostil de los terratenientes de Caracas. Marcelino de San Vicente, repetimos, en 1701, dirige el rey un *Memorial* que recoge Fray Cayetano de Carrocera en su obra *Misiones de los capuchinos de Caracas* publicada por la Academia Nacional de la Historia hace 15 años. Tal documento dice... “en las Misiones hay un religioso que se llama Manuel de Alesón, al cual por V.M. está mandado venir a España por varios decretos que presenté al reverendo Obispo y al Gobernador y los leyeron de verbo ad verbum, y no sólo no le cambiaron a España, sino que el reverendo Obispo le premió la desobediencia dándole el cargo de juez de diezmos en la Villa de Araure donde le tiene de cura interino”.

Un día en que el Obispo y el Gobernador dialogan, sorpresivamente llega Alesón, y llega empolvado, mugriento, seguido de varios indios. Se inclina ante el Obispo y le dice que se halla fatigado pero que está alcanzando su objetivo. Monseñor comprende y sonrío. Nueva reverencia y el fraile a grandes pasos se retira mientras los indios se anudan tras sus huellas como un cordón cobrizo.

El Obispo fallece en 1706 en la fecha en que pisara tierra patria en Maracaibo. Había gobernado a Venezuela por 22 años con sobriedad nada común, con desinterés manifiesto, aplicando por primera vez medidas sociales.

Su devoción por la Orden Franciscana era sincera. Para morir pide la traslación al Convento de San Francisco, lo que no admite el Cabildo. Entonces hace trasladar a Palacio al enfermero y a dos religiosas. Así entra en la eternidad.

En 1708 el rey pregunta a Matías de Ibarra, Vicario Capitular Sede Vacante, si conviene, la remisión a España de Manuel de Alesón. Se ignora la respuesta, pero debió serle favorable, pues el fraile permanece en Venezuela hasta su muerte en 1721. Es razonable aceptar que el rey jamás creyese que Alesón debía ser devuelto a la Península y que pasase pues, la ofuscación de los frailes, rígidos en sus deberes y también la serenidad y el silencio —si lo hubo— del Obispo. Además, parece que Alesón tampoco estaba tan desamparado: en España debió ayudarle su padre, Gregorio de Angulo y Vallejo, personaje de importancia en los Consejos reales.

Manuel de Alesón fallece a los 77 años, algo insólito, pues en aquella hora y con la carga de trabajo, de miseria y de angustia que llevaba el misionero, cualquier fraile antes de los 50 era un anciano. Además, él dedicó al trabajo 36 años. Carrocera dice que murió en Villa de Cura y el Padre Córdoba agrega que frente a su obra. Tal vez quedó mudo en Taguay, cuya iglesia reedificara o en San Miguel de Orituco donde explicó el evangelio a arenas y güigüires o en Valle Morín, donde aseguran que se encuentran sus restos.

Como se ha visto, con Baños y Sotomayor se inician prácticas hospitalarias, se recoge la infancia abandonada y a mujeres que necesitaban orientación; se enfrenta con éxito la acción pobladora ante el capricho de los gamonales; se continúa la fábrica de iglesias; se dictan Constituciones Sinodales; se crean escuelas primarias y de música para los indios. Baños y Sotomayor es el Obispo revolucionario porque es el que crea, el que construye, el que cambia la rutina por la obra que satisface necesidades colectivas. Sorprende su mesura, pasa ante la historia sin estruendo. Debió hallarse seguro de que su bondad y su decisión podía alzarlas como las más erguidas banderas.

La lección intemporal

Hemos querido recordar, en este homenaje de la Academia Nacional de la Historia, junto a la figura de este Obispo admirable, el perfil no menos admirable del fraile Manuel de Alesón. Ambos a dos fueron fanáticos del deber, intransigentes en el oficio, apasionados en la empresa, celosos en el encargo. Hoy se juntan y avanzan en el tiempo, el uno con su báculo y su bondad y el otro con su saco de peregrino y su afán de servir. Ellos vivieron con la satisfacción íntima de saber, que varios pueblos están uncidos a sus nombres; que llegaron un poco más allá del límite que comúnmente fija el mérito cotidiano. Se sabe que ellos actuaron con heroica alegría. Que reciben este reconocimiento. Que oriente su lección a mucha gente; ellos, que no descansaron de sol a sol, a los que hoy consideran que la

semana de cinco días es un largo esfuerzo; a los que nada hacen, disponiendo de medios, sobre quienes caería implacable el látigo de Cristo; a los obcecados que van al extranjero a buscar nobleza y decoro; a los que ven con indiferencia la corrupción colectiva y piensan, con fingido alivio culpable, que en otras épocas el asalto a las rentas públicas fue mayor; a la mayoría de los políticos que miran sin ver porque no logran asir la realidad y caminan de espaldas a la historia; a los que prestan su pluma en la defensa de reputaciones pestilentes; al juez que dice *Vistos* cuando nada ha visto porque sufre de ceguera moral o le tasaron la opinión; a los que exaltan la proeza de un pueblo y callan el nombre del que hizo tal proeza si no responde a su ideología política; a aquellos togados, ineptos, culpables, que nunca han sabido defender las fronteras patrias; al malhechor que no consume cocaína, pero sí la vende a la juventud e ignora el pan amargo que tendrá esa juventud mañana; al profesor de historia y geografía que en estos últimos tiempos, con alegre irresponsabilidad, invocando métodos modernos enseña por parcelas la historia y criminalmente margina a Venezuela.

La lección moral del Obispo Baños y Sotomayor proyecta bondad como guía, voluntad como acicate, desinterés como compromiso. Que sea pauta su ejemplo en esta hora en que parece que nos importara poco este cielo y esta tierra, en la falsa creencia de que la luz viene de afuera. Vivimos un letargo y un estado de consumismo, ante los cuales, hace ciento cincuenta años alertara Fermín Toro. Parece, como en el verso antiguo, que tenemos ojos y no queremos ver, aplaudiendo lo extranjero y de espaldas a nuestras raíces. Tenemos que hallar de nuevo la parábola que comienza en Guaicaipuro y se afianza en Simón Bolívar. Y no es que tengamos ojeriza al extranjero porque la transculturización es verdad sociológica, sino que estamos obligados a exaltar lo que producimos, lo que pensamos, lo que proyectamos y cortarle el cuello a esa actitud cobarde y entreguista, de que lo que se se hace fuera es lo mejor. En la guerra de Emancipación jugó papel esencial la lanza y no es un secreto que quienes la esgrimieron fueron los curtidos pastores del Llano.

A distancia de tres siglos, tiempo suficiente para aquilatar virtudes y pesar memorias, la acción social de Baños y Sotomayor exige seguimiento. Su latitud es manifiesta: descansa en pueblos, en libros, en documentos, materia perdurable. Como todo lo intemporal, la obra que realiza este eximio pastor de pueblos queda como alto ejemplo para esta Venezuela que nació de sueños, porfías, alientos, fatigas y esperanzas.

BIBLIOGRAFIA

- AGRAMONTE CORTEZ, FRANCISCO. *Diccionario crónológico Biográfico Universal*. Madrid, 1952.
- ALVARADO, EUGENIO DE. "Informe reservado", 1966. Antonio B. Cuervo. *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*. II. *La boyá del Orinoco durante la colonia*. Bogotá, 1893.
- BREHIER, EMILE. *Historia de la Filosofía*. Barcelona, 1956, II y III.
- CARVAJAL, JACINTO. *Relación del descubrimiento del Apure hasta su ingreso al Orinoco*. León, 1892.

- CARROCERA, BUENAVENTURA DE. *Misión de los capuchinos en los Llanos de Caracas*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1972, II y III.
- DORTA, ENRIQUE MARCO. *Materiales para la historia de la cultura en Venezuela, 1523-1828*. Madrid, 1967.
- GARCÍA BACCA, J. D. "Introducción filosófica a las Disputaciones metafísicas de Alonso Bricceño". *Antología del pensamiento filosófico venezolano*. Siglos XVII y XVIII. Caracas, 1954.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. Caracas, 1985, II.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires, 1933.
- MORÓN, GUILLERMO. *Los cronistas y la historia*. Caracas, 1957.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO. *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1956.
- SUCRE, LUIS ALBERTO. *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*. Caracas, 1928.
- TERRERO, BLAS JOSÉ. *Teatro de Venezuela y Caracas*. Caracas, 1926.
- VERACOECHEA, GLADIS Y FUGUETT. *Los censos en la Iglesia colonial venezolana (Sistema de préstamos a interés)*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1982, I, II y III.